

Autobiografía de un sinvergüenza

Editorial Belvedere

A. G. MACDONELL

Autobiografía
de un sinvergüenza

Traducción de Ricardo Bestué



**Editorial
Belvedere**

Título original: *The Autobiography of a Cad*

Primera edición: julio 2016

© de la traducción: Ricardo Bestué

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: info@editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-937947-5-0

Depósito Legal: M-25256-2016

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla, S. L.

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

AUTOBIOGRAFÍA DE UN SINVERGÜENZA

Editorial Belvedere

Editorial Belvedere

A Leonora

Contrariamente a lo que algunos lectores puedan pensar, este libro no hace alusión alguna, ni se pretende, a su autor.

Editorial Belvedere

CAPÍTULO I

Yo, el que escribe este pequeño libro, estoy en mi quincuagésimo año, puesto que nací en 1889 y estoy escribiendo en 1938. Pero me limito a presentar la historia de los primeros treinta y ocho años de mi vida. Es decir, que al finalizar mi actuación en 1926 bajo el telón para recibir vuestro aplauso, burla o abominación, lo que vosotros preferáis. Como dicen nuestros amigos los franceses, me da igual. Me da igual que sean aclamaciones, risas o silbidos. Hace mucho tiempo que ya no me afecta ni me conmueve lo que opine la plebe.

Pero os debo una explicación por esta aparente arbitraria selección de fechas. ¿Por qué no continuas la historia hasta 1938?, se podría preguntar alguien. ¿Por qué acabarla justo en el momento en que todo el mundo está pendiente de seguir tu vida y tu carrera hasta el último momento?

Hay un buen motivo para ello. Y es que no creo que se haya inculcado un elevado sentido de la justicia estética en lo más profundo de las personas. Aunque, por otro lado, jamás nadie ha estado más preparado que yo para reivindicar el monopolio de dicho sentido. Si uno supiese dónde buscar seguro que encontraría gente desperdigada por doquier con este refinado gusto que bien se podría llamar simetría. Pero el estilo moderno es un estilo descuidado. Hoy en día nadie se toma la molestia de contar una historia, de atar cabos sueltos, de erigir un arco en el que

todas las piedras encajen con precisión y de manera natural en el lugar que tienen reservado para obtener al final eso que llamamos belleza simétrica. Pero los que nos hemos mantenido fieles a la tradición clásica pensamos de otra manera.

Escogí 1926 como final de mi historia porque representaba el clímax de un relato simétrico. Fue en mayo de aquel año cuando coloqué, suavemente pero con exquisita precisión, la dovela central en mi arco para que este se irguiese majestuoso y firme ante cualquier tormenta que se pudiese levantar. Empecé sin enchufes, sin títulos, con la desventaja de unos padres obsesionados por su complejo de inferioridad, con un cúmulo de obstáculos heredados tales como la impopularidad de mi padre por sus opiniones políticas o la tradición de la vulgaridad comercial que mereció mi abuelo y, sobre todo, con el peso muerto de la mentalidad provinciana que la vida en las Midlands, sin verse mitigada por la posesión de una casa en la ciudad, colgaba irremediablemente de mi joven cuello y, sin embargo, luché denodadamente contra todo ello.

Sin ayuda de nadie, por mí mismo, tras años de arduos esfuerzos, de infinitos planes y de previsiones, logré superar todos los obstáculos y, en 1926, rematé una historia de esfuerzo con miras al futuro con una serie de victorias que me colocaron en la cima del mundo. Nunca jamás una Reina de las Hadas llegó a engañar tanto al héroe en la página final de alguno de sus cuentos para obtener un éxito tan aplastante como el que yo obtuve aquel año. No me hizo ninguna falta una Reina ni, desde luego, ninguna manipulación, ni por parte de ella ni por parte de nadie. Solo fue necesario mi propio talento, apoyado y estimulado por mi propio esfuerzo.

Por eso acabo mi historia en mi trigésimo octavo año. Toda la romántica historia de superación se concentra en estos años, así que ¿por qué echar a perder una obra de arte, por fascinante que sea, continuándola tras el significado fundamental que ha adquirido?

Normalmente no deja de ser un acto de vanidad creer que el

mundo tiene algún interés en la personalidad de uno mismo como para plasmar veintiséis años de tu propia vida en una autobiografía. Hoy en día los que escriben sus autobiografías empiezan con sus primeros años de vida describiendo las reacciones que tienen ante los narcisos, las esculturas griegas de jóvenes, Dios, la Oxford Union y ante la áspera amabilidad de su anciano padre muerto, etcétera, o esperan a tener noventa años para contar chorradas sobre miriñaques, chismorreos acerca del escándalo de Tranby Croft y lo que el cardenal Newman pensaba acerca de la separación entre la Iglesia y el Estado. Tanto un modelo como el otro están llenos de vanidad. Se creen que una elegante fobia a las calceolarias o recordar las réplicas agudas de John Brown a la reina Victoria a la salida de Crathie Church en una tarde otoñal de 1878 son el tipo de cosas que el mundo anhela saber. Pero por lo que a mí respecta, la vanidad no me preocupa. No es, ni lo ha sido nunca, uno de mis puntos débiles. Al fin y al cabo, la vanidad nunca puede ir acompañada de claridad de visión. Son incompatibles. Y por claridad de visión me refiero, por supuesto, a que ésta no solo se dedique a entender y diseccionar el alocado, cómico y patético mundo que nos rodea, sino a que se retraiga y permita que un hombre se entienda a sí mismo.

Tampoco escribo este libro para ganar dinero. A muy poca gente de esta materialista, mejor dicho, hedonista, época nuestra le ha importado menos el dinero que a mí. No ha supuesto más que un artículo de consumo para intercambiarlo por cachivaches que, de vez en cuando, han constituido mis pequeños deseos. Además, nunca me ha faltado.

Ni siquiera ando buscando fama. Cuando lleguéis al final —modestamente, no tengo ninguna duda de que a todo aquel que llegue lejos le resultará difícil dejarlo, como dicen tan a menudo los serviles críticos, hasta que lo haya acabado— averiguaréis que antes de cumplir los treinta y ocho yo ya disfrutaba de suficiente fama como para ambicionar más.

Entonces, ¿por qué os cuento mi historia?

Pues porque contiene una moraleja que puede que sea beneficiosa para que las generaciones jóvenes la estudien. Estas gene-

raciones rara vez han dispuesto de un último recurso con el que poder contar en momentos de tensión. Su mundo había salido malparado por culpa de la guerra y de los vaivenes de la posguerra. Pasan demasiado tiempo en terrenos inestables. Carecen de valores morales.

Así pues, no deja de ser justo que alguien como yo, que no solo ha sobrevivido a la masacre del Armagedón, sino que ha emergido de aquella cruel época de muerte y, lo que es peor, de desilusión, con sus ideales intactos y sus principios comprometidos, exponga sus conclusiones al servicio de aquellos que, menos afortunados, avanzan a tientas en la oscuridad.

En pocas palabras, la moraleja de estos treinta y ocho años de mi vida es que si uno hace lo que cree que debe hacer, tiene garantizada la victoria. Y no me refiero a ganar los habituales, y a menudo sórdidos, premios de la vida externa, sino que he demostrado y he escrito este libro para mostrar cómo es imposible fracasar a la hora de ganar el único premio que uno se merece ganar, que no es otro que la paz interior, si te aferras con firmeza a lo que consideras justo y verdadero. La conciencia del deber cumplido, pase lo que pase, vale mucho más que cualquier otra recompensa que pueda otorgar la sociedad. Shakespeare lo dijo de la siguiente manera: «La culpa, querido Brutus, no está en nuestras estrellas, sino en nosotros mismos», y sir James Barrie difundió la frase en una ridícula obra de teatro. El dictamen es correcto en la medida en que funcione, pero se debería haber añadido que el mérito también está en nosotros y no en las estrellas.